

LA CIUDAD DE BUENOS AIRES EN EL SIGLO XVIII

SEGUN REFERENCIAS DE VIAJEROS

El actual director del Museo Histórico Nacional, mi excelente amigo el doctor Antonio Dellepiane, es un hombre de temeridad singular. Arrancóme un día la promesa de que daría yo alguna conferencia en aquel recinto durante el año pasado y confieso que prometí con alguna ligereza porque, cuando de ello me habló con varios meses de anticipación, me pareció que no me tocaría el turno nunca desde que me comunicó una lista casi interminable de nombres ya inscriptos, que excedían el número de días de que probablemente se disponía para congregar al auditorio selecto habituado a concurrir allí. Para colmo de mis pecados tomó aquel demasiado a lo serio mi promesa y, ante su amistosa insistencia, tuve que resignarme a preparar los apuntes del caso para la pedida conferencia. Pero no fué sin agotar antes todas las defensas posibles: le probé que, entre los oradores inscriptos, había suficiente número para ilustrar los distintos períodos de nuestra historia patria, a partir de la independencia; me indicó entonces que me ocupara de la época colonial: y como le observara que esa sección del Museo no ofrecía quizá material suficiente para abarcar aquella toda entera, sugirióme aquel que prescindiera de los objetos allí coleccionados y que eligiera como tema al ocuparme de la impresión producida por esta ciudad de Buenos Aires, durante dicha época colonial, en los

viajeros que de cuando en cuando llegaban a sus playas. En balde le dije que, entonces, el material posiblemente sería demasiado rico para utilizarlo en una simple conferencia de modo que creía preferible dejar eso de lado: insistió, con todo, tanto y tanto, que tuve que ceder, pero echando sobre sus hombros la responsabilidad por lo deshilvanado e incompleto que debiera resultar el utilizar, casi al azar, tal o cual relación de viaje.

La tal conferencia no llegó a realizarse: pasó el año y la tribuna del Museo fué ocupada por otros conferenciantes, de más quilates que yo; este año no se ha creído oportuno continuar con aquella iniciativa. Mis apuntes, pues, quedaron relegados al fondo de una gaveta y habrían allí continuado hasta aumentar los que se arrojan al canasto de papeles inservibles, si una amable invitación del nuevo director de la "Revista de la Universidad de Córdoba", mi excelente amigo Félix Garzón Maceda—para cuya monumental obra "La medicina en Córdoba" víme precisado a escribir, hace un par de años, un prefacio sobre "La vida colonial cordobesa y la práctica de la medicina"—no me obligara a utilizar estas páginas casi olvidadas, a fin de responder a la gentileza con que me solicita le ayude en su nuevo carácter, al reanudar su publicación aquel acreditadísimo órgano universitario. No se me oculta, cuan imprudente es mi deseo de utilizar lo que quedara incompleto, máxime cuando no me es materialmente posible volver a engolfarme en este instante en indagación semejante: prefiero, por lo tanto, dar estos apuntes por lo que valen, como simple material para un verdadero estudio a emprender más adelante. No aspiro, pues a trazar en estas páginas un cuadro metódico de todo lo sucesivamente cada viajero, que ha publicado sus impresiones, ha dicho de esta gran ciudad de hoy y modestísima aldea de entonces. Me limité—al preparar los apuntes—a extender la mano a los anaqueles de mi biblioteca y escoger uno que otro libro, sin otro plan que transmitir impresiones que probablemente no están al alcance de la generalidad. Y busqué concretarme exclusivamente a lo más característico y solo referente a la ciudad,

porque habría sido de nunca acabar si hubiera querido recogerlo dicho sobre su campaña o el interior del país. Más todavía: me pareció prudente circunscribir mi rápida indagación al siglo XVIII, porque el tiempo de que podía usarse en una conferencia apenas alcanzaría para ello y, eso mismo, prescindiendo de las impresiones menos importantes o no utilizando sino reducida parte de las observaciones de los viajeros. A medida que hojeaba esos libros, en su mayor parte raros o curiosos, notaba que el asunto habría reclamado un estudio más detenido y un desenvolvimiento más extenso: he preferido suprimir, para ganar espacio y tiempo, todo bagaje de erudición y reducirme al aspecto sociológico de los datos suministrados por aquellas impresiones. Mi propósito habría sido dejar hablar a esos testigos *de visu*, escogiendo simplemente los pasajes pertinentes, de modo que el oyente pudiera formarse una opinión propia del conjunto; solo en lo más indispensable—el publicar ahora esas notas—me alejaré de ese plan y no haré comentarios sino cuando materialmente no pueda prescindir de hacerlo. Querría, en una palabra, que estos apuntes fueran algo como una película cinematográfica, que hiciera desfilas ante el lector los cuadros trazados por aquellos viajeros, tanto españoles como extranjeros.

A mi resolución de concretarme al siglo XVIII haré solo una excepción, recordando la curiosa impresión de un viajero cuyo libro apareció casi en vísperas de aquel siglo, y la cual puede servir de fondo al cuadro que sucesivamente irán trazando los otros. Cuando se recuerda que, a raíz de fundada Buenos Aires, llega a las playas un buque holandés y todo lo que tiene que decir es que (1): “Bonas Aeres — como llama a nuestra ciudad, a la cual llegó en 30 de julio de 1599 — viene a ser un país sin árboles, llano y abierto; divisamos algunas casas”; pero como se vieron obligados a levar anclas, por dificultades opuestas por las

(1) Warhafftige und Kurtze Beschreibung der unglückhafften Schif-farth anies Schiffs von Amsterdam... (Conf. Anales de la Biblioteca IV).

autoridades, propiamente no contiene el libro una descripción de la ciudad; por eso prefiero recordar otro libro, que la *Revista de Buenos Aires* (1) hizo hace años conocer y que relata el viaje de Acarate de Biscay en 1698 (2), o sea un siglo después, pues allí se refieren las impresiones que en dicho viajero produjo nuestra ciudad en 1657. "El aire es bastante templado—dice—, muy semejante al de Andalucía, pero no tan caliente: las lluvias caen casi con tanta frecuencia en el verano como en el invierno; y la lluvia, en los tiempos de bochorno, frecuentemente produce diversa clase de sapos, que son muy comunes en estos países, pero no ponzoñosos. El pueblo está situado en un terreno elevado, a orillas del río de la Plata, a tiro de fusil del canal, en un ángulo de tierra que domina el río, circundado por un foso, y monta 10 cañones de fierro, siendo el de mayor calibre de a 12. Allí reside el gobernador y la guarnición se compone de 150 hombres, divididos en 3 compañías, mandadas por 3 capitanes, nombrados por éste a su antojo y a quienes cambia con tanta frecuencia que apenas hay un ciudadano que no haya sido capitán. Estas compañías no siempre están completas, porque los soldados, inducidos por la baratura con que se vive en aquellos países, frecuentemente desertan apesar de los esfuerzos que se hace por retenerlos en el servicio pagándoles altos sueldos, que llegaron a 4 reales diarios, que equivalen a un chelín y 6 peniques moneda inglesa y un pan de 3 peniques, que es cuanto puede comer un hombre. Pero el gobernador conserva en una llanura inmediata como 1200 caballos mansos para su servicio ordinario y, en caso de necesidad, para hacer montar a los habitantes del pueblo, formando así un pequeño cuerpo de caballería. Además de este fuerte hay un pequeño baluarte en la boca del Riachuelo, donde exis-

(1) XIII 3-

(2) A relation of Mons Acarete du Biscay's voyage up the River Plate and from there by land to Peru and his observations in it. London 1698. Hay otra edición anónima, hecha también en Londres 1716, pero en la cual se han hecho supresiones y alteraciones en el texto original.

te una guardia: monta 2 pequeños cañones de fierro, de a 3; este baluarte domina el punto donde atracan las lanchas para descargar o recibir efectos, estando éstas sujetas a ser visitadas por los oficiales del baluarte cuando están descargando o cargando... Las casas del pueblo son construídas de barro, porque hay poca piedra en todos estos países hasta llegar al Perú; están techadas con cañas y pajas, y no tienen altos; todas las piezas son de un solo piso, y muy espaciosas; tienen grandes patios y, detrás de las casas, grandes huertas llenas de naranjos, limoneros, higueras, manzanos, peros y otros árboles frutales, con legumbres en abundancia, como coles, cebollas, ajos, lechuga, alberjas y habas; sus melones especialmente son excelentes, pues la tierra es muy fértil y buena; viven muy cómodamente y, a excepción del vino, que es algo caro, tienen toda clase de alimentos en abundancia, como carne de vaca y ternera, de carnero y de venado, liebre, gallinas, patos, gansos silvestres, perdices, pichones, tortugas y aves de caza de toda especie, y tan baratas que pueden comprarse perdices a un penique cada una y lo demás en proporción... Las casas de los habitantes de primera clase están adornadas con colgadunas, cuadros y otros ornamentos y muebles decentes, y todos los que se encuentran en situación regular son servidos en vajilla de plata y tienen muchos sirvientes, negros, mulatos, mestizos, indios, cafres o zambos, siendo todos estos esclavos: los negros proceden de Guinea, los mulatos son el engendro de un español en una negra, los mestizos son el fruto de una india y un español, y los zambos, de un indio y una mestiza, distinguiéndose todos por el color de su tez y su pelo. Estos esclavos son empleados en las casas de sus amos o en cultivar sus terrenos, pues tienen grandes chacras abundantemente sembradas de granos, como trigo, cebada y mijo: o bien para cuidar de sus caballos o mulas, que en todo el año sólo se alimentan con pasto; o bien en matar toros cerriles, y finalmente para cualquier otro servicio. Toda la riqueza de estos habitantes consiste en ganados, que se multiplican tan prodigiosamente en esta provincia que las Manuras están cubier-

tas de ellos, particularmente de toros, vacas, ovejas, caballos, yeguas, mulas, burros, cerdos, venados y otros, de tal modo que si no fuese por un número de perros que se devoran los terneros y otros animales, desvastarían el país. Sacan tanto provecho de las pieles y cueros de estos animales, que un solo ejemplo bastará para dar una idea de cuanto podría éste aumentarse en buenas manos: los 22 buques holandeses que encontramos en Buenos Aires a nuestra llegada, estaban cargados cada uno de ellos con 13 a 14.000 cueros de toro, cuando menos, cuyo valor asciende a 300.000 livres o sea 33500 libras esterlinas, comprados como lo fueron por los holandeses a 7 u 8 reales cada uno, es decir, a menos de una corona inglesa, cuando menos. Cuando yo manifesté mi asombro al ver tan infinito número de animales, me refirieron una estratagema de que se valen a veces cuando temen el desembarque de enemigos, que también es asunto de maravillarse, y es como sigue: arrean tal enjambre de toros, vacas, caballos y otros animales a la costa del río, que es absolutamente imposible a cualquier número de hombres, aun cuando no temiesen la furia de estos animales bravíos, el hacerse camino por en medio de una tropa tan inmensa de bestias. Los primeros habitantes de este pueblo pusieronles cada uno su marca a todos los que pudieron tomar, echándolos después dentro de sus cercas; pero multiplicanse tan rápidamente que viéronse luego obligados a soltarlos, y hoy van y los matan según precisan de ellos, o tienen ocasión de preparar para venta una cantidad de cueros. Actualmente sólo marcan aquellos caballos y mulas que toman para amansar y servirse de ellos. Algunas personas hacen de esto un gran negocio, enviándolas al Perú, donde producen 50 patacones o sean 11 libras y 13 chelines y 4 peniques, moneda inglesa, la yunta. El mayor número de traficantes en ganados están muy ricos, pero de todos los negociantes los de más importancia son los que comercian en mercaderías europeas, reputándose la fortuna de muchos de estos en 2 a 300.000 coronas o sean 67.000 libras esterlinas. De modo que el mercader que no tiene más de

12 a 20.000 coronas es considerado como un mero vendedor al menudeo. De estos últimos hay como 200 familias en el pueblo, que hacen 500 hombres de armas llevar, además de sus esclavos, que son el triple de este número, pero que no deben contarse para la defensa, porque no se les permite cargar armas. Así, pues, los españoles, los portugueses, los hijos de éstos (de los cuales los que nacen en el país llámanles criollos, para distinguirlos de los nativos de España) y algunos mestizos, forman la milicia que, con los soldados de la guarnición, componen un cuerpo de 600 hombres, según los computé yo en diversas reuniones, pues 3 veces al año, en días festivos, forman de parada a caballo, a inmediaciones del pueblo. Observé que entre ellos había muchos hombres de edad, que no llevaban armas de fuego, sino sólo su espada al cinto, lanza en la mano y una rodela al hombro. Los más de ellos son hombres casados y jefes de familia, y por consiguiente tienen poca afición a los combates: aman su sosiego y el placer, y son muy devotos de Venus. Confieso que son hasta cierto punto disculpables a este respecto, pues las más de las mujeres son extremadamente bellas, bien formadas y de un cutis terso; y, sin embargo, son tan fieles a sus maridos que nunca la tentación puede inducirlos a aflojar el nudo sacro; pero, por otra parte, si delinquen los maridos son a menudo castigados con el veneno o el puñal. Las mujeres son más numerosas que los hombres; y, además de españoles, hay unos pocos franceses, holandeses y genoveses, pero todos pasan por españoles, pues de otro modo no habría para ellos cabida allí, y especialmente para los que en su religión difieren de los católicos romanos, pues allí está establecida la Inquisición. La renta del obispo sube a 3.000 patacones o sean 700 libras esterlinas anuales. Su diócesis comprende este pueblo y el de Santa Fe, con las estancias o haciendas pertenecientes a ambas; 8 o 10 sacerdotes offician en la Catedral, la que, así como las casas particulares, es construída de barro. Los jesuítas tienen un colegio; los dominicos, los recoletas y los religiosos de la Merced, tienen cada uno su convento. Hay

también un hospital, pero existe tan poca gente pobre en estos países, que de poco sirve.”

Esta ingenua descripción de Biscay muestra ya los rasgos principales de la futura ciudad, a poco más de medio siglo de fundada: su riqueza, el carácter emprendedor de sus habitantes, la prosperidad reinante, todo lo ha observado: hasta el rasgo gráfico relativo a la mujer, que ya entonces demostraba lo que hoy todavía es: el tipo más hermoso del continente. Puede, pues, decirse que tal era Buenos Aires al comenzar el siglo XVIII. ¿Cuál fué su evolución durante ese siglo? Vamos a tratar de fijar algunos jalones para darnos cuenta de su desarrollo. Temo que el espacio disponible en la Revista — y del cual no debo abusar — no me permita hacer libre uso de las transcripciones y que deba limitarme a lo más característico; para tener más latitud en esto, dejaré de lado a unos cuantos viajeros que poco dicen de las costumbres y me concretaré a los que parecen más significativos.

Medio siglo después aparece otra interesante relación de un viajero francés (1), en la que se refiere a la impresión que le causa Buenos Aires en 1702. Venía con autorización real como asientista negrero; he aquí como describe su llegada: “Llegamos a tierra a las 9 de la mañana, poco más o menos. Media hora después llegaron 2 carrozas del gobernador, a quien le enviaron el aviso de nuestra llegada. El mayor de la plaza y los señores oficiales reales venían en los carruajes: el primero era enviado por el gobernador para complimentarnos y los otros venían para pasar la visita a nuestro baúles. Fué necesario abrirlos, pero se contentaron con mirarlos por encima y no quisieron por honradez que los vaciáramos. En seguida subimos en los coches, nos

(1) Journal d'un voyage sur les costes d' Afrique et aux Indes d' Espagne, avec une description particuliere de la riviere de la Plata, de Buenos Aires, et d'autres lieux commencee en 1702 et finie en 1706, Rouen 1723.

condujeron al fuerte, donde encontramos al señor gobernador, quien nos recibió con la acogida más benévola del mundo, lo más amable y cortés. Terminados los cumplimientos se procedió a exhibir las patentes del rey de España; el gobernador rogó que se dejaran para su examen, y nos invitó a comer con él. Según todas las apariencias seremos recibidos y se hace el establecimiento: en cuanto a hoy nos alojaremos como podamos, los unos por un lado, los otros por otro; muchos de aquellos con quienes comimos nos ofrecieron camas, que hemos aceptado”. Más adelante agrega: “venimos de alquilar la casa del obispo; hace algún tiempo que murió: quizá el que le suceda no llegará tan pronto. Mañana llevaremos allí nuestros bagajes. Trabajaremos en seguida para poner todas las cosas en orden: nos proponemos disponer de los cueros que cargaremos en el *Aigle* y el *Opinâtre*; de vender los negros que condujo este último buque; de sacar del real tesoro el producto de la venta de los del *Aigle*, en fin, de mandar a Francia estos dos buques lo más pronto posible...”

Describe en seguida la ciudad: “Buenos Aires—dice—está situado a los 35° de lat. meridional, más de 55 leguas de la embocadura del río de la Plata. Este río está E. O. y separa por consiguiente la tierra del N. de la del S. La ciudad está en la parte S., edificada a la orilla del río, que se extiende más de 5 leguas en las tierras. Se la ha llamado Buenos Aires, porque efectivamente el aire es bueno y más sano que en ningún país de la América meridional. La ciudad está defendida por un mal fuerte, que está en el medio y que es tan poco útil como si no existiera. Me han asegurado que hace más de 125 años que había sido fundada. Por lo demás, es bastante grande: las calles están bien delineadas, pero las casas son muy sucias y mal construídas. La razón está en que, careciendo de piedra y madera, los habitantes se han visto obligados a servirse de tierra, que encanjan entre dos tablones, o de adobes secados al sol, por no tener leña para cocerlos. Todas son bajas; no hay 4, creo, que tengan

un primer piso: los vientos son allí frecuentes y terribles, y esta es la causa. La catedral es, de todas las iglesias que existen, la más bella y la más grande. Los jesuítas, los padres de la Merced, los dominicos y franciscanos tienen conventos, y todos están mal rentados, cosa muy rara en este país. Como todo el país está bajo la dominación del rey de España, todos son en su mayoría españoles: no se permite allí a los portugueses; hay, sin embargo, algunos, pero son los descendientes de aquellos que vinieron a establecerse cuando la corona de Portugal dependía de España; las alianzas que contrajeron después con los españoles, han naturalizado a sus descendientes. Los indios, los mulatos y los negros, que los hay en gran número, son esclavos de los blancos, es decir, de los burgueses, que no tienen otros sirvientes. Se puede decir de los habitantes en general, amos y esclavos, blancos y negros, que todos tienen el mismo espíritu. No hay comparación entre un negro, que es, por así decirlo el último de los hombres y uno de nuestros paisanos. Todos los habitantes tienen chispa: el pueblo es dulce, cortés, afable; pero en aquellos que están sobre el vulgo y que comúnmente son conocidos por gente decente, nada iguala su cortesanía. Llevan la civilidad demasiado lejos, pues es a veces fatigosa y un hombre que se encontrara con ellos, sin conocer sus costumbres, se hallaría muy incomodado para responder a sus exageradas zalamerías, a sus cumplimientos y a las atenciones de que aquí todos hacen gala; se vanaglorian de recibir bien a los extranjeros y tienen por éstos toda clase de deferencias y miramientos. Aunque Buenos Aires sea una ciudad capital y marítima; que el gobernador, quien es también capitán general de toda la provincia del Plata, tenga allí su residencia; que esta provincia esté lindera al Perú, sin embargo, no es más rica ni el habitante está más a su gusto. El poco dinero que se ve viene de arriba, es decir, del Perú: de Potosí, donde están las minas; aún esta plata pasa casi toda a Europa y esta es la causa: cuando llega frente a la ciudad algún buque cargado de mercaderías, la venta no se realiza pronto, pues

Los capitanes dejan pasar algunos meses a fin de dar a los comerciantes del Perú y de las provincias vecinas, tiempo de reunirse: abierta la feria, cada cual hace sus compras, pero los comerciantes de afuera llevan la mayor parte de las mercaderías, que ellos mismos conducen, y su dinero pasa directamente para Europa, sin detenerse en Buenos Aires más tiempo que el necesario, para que los buques se demoren en vender sus mercaderías. . . . Si desconfiais del *savoir faire* de los españoles, es menester hacer justicia a su mérito y tener la mejor opinión de ellos. El país que avecina la ciudad es bastante bello. La tierra es buena y capaz de producir todo, si fuera bien cultivada, pero los españoles que la habitan, naturalmente enemigos del trabajo, prefieren privarse de las cosas más necesarias para la vida, permaneciendo en la ociosidad antes de vivir con comodidad trabajando. El precio ordinario del ganado vacuno de buena calidad es un peso o un escudo: se ven aglomeraciones de 10 o 12.000 perros salvajes, que viven del ganado; las mulas y los caballos son también numerosos, pero no son tan hermosos y fuertes como los nuestros: son muy baratos y las mulas compradas por 100 valen 15 sueldos cada una; por 2 escudos se obtiene un lindo caballo.”

Quien tan curiosos datos comunica venía como representante de la compañía francesa del real asiento, que la alianza franco-española de entonces había hecho posible: las autoridades coloniales lo recibieron por eso deferentemente y todo le facilitaron. Pero eso no impidió que el francés, algo burlón, se extienda en ciertos datos quisquillosos para el gobernador: “Lo primero que hace—dice—es exigir de todos los buques que vienen de España una cantidad de dinero para conceder la libertad de depositar las mercaderías en tierra: sin dinero no hay permiso; aquellos quedarían años en la rada sin concederles desembarcar una pieza de paño. A la llegada de un buque, una vez anclado frente a la ciudad, el capitán baja a tierra para hacer su contrato con el gobernador: no creáis que este contrato o besamanos, como lo

llaman, sea un negocio de 2 a 4.000 escudos, es preciso cuando menos 40 o 50.000 y aun se hace de rogar. Este permiso está suficientemente bien pagado, y no creáis que se den por satisfechos con ello: absolutamente no. Como la plata pifia es de contrabando y que no es permitido exportarla a Europa, ellos exigen aun de parte del buque otro obsequio, cuando menos tan considerable como el primero, para permitir el embarque. Esto no es todo: si además de la plata el buque embarca cueros, ¿qué hace el gobernador? No le permite hacerlo con los cueros, debe concederle ese nuevo derecho, y eso le procura 10, 12 o 15.000 pesos, según que se embarque más o menos, de modo que, si el cuero ha costado 10 o 12 reales de plata, lo hacen pagar al capitán 18 o 20. Más aún; una cosa sorprenderá todavía más: 3 buques fueron obligados a permanecer 5 años frente a Buenos Aires, porque los comerciantes del Perú, a los cuales habían fiado las mercaderías, no les hacían las remesas estipuladas, el gobernador, en el intervalo, cambió 3 veces y 3 veces les ha sido necesario a aquellos repetir el primer regalo, es decir, el regalo para el permiso, sin contar el otro para la licencia de embarcar..."

No sé si el viajero, a fuer de buen negrero y de elástica conciencia, es demasiado mala lengua, pues a ese paso la gobernación debía convertirse en una mina fructífera; esas exacciones, de ser exactas en toda su crudeza, revelarían que las ganancias de los que se arriesgaban a comerciar con este país a mediados del siglo XVIII debían ser enormes para dejarles beneficios a pesar de aquellas coimas. Y eso que dicho buque comerciaba con legítima licencia, como asientista, y lucraba doblemente: con la venta de la mercadería humana que importaba y con los frutos del país, que exportaba. A la par que ellos, venían otros buques contrabandistas, bajo el socorrido pretexto de la arribada forzosa: en tal caso, naturalmente, las exacciones debían ser mayores. Pero todo ello tenía que dejar ganancias proporcionadas en manos de los habitantes de la ciudad y, sin embargo, acabamos de ver que si aquel francés maldiciente los tacha

de algo haraganes, se muestra encantado con su cortesanía, por más que la ridiculice un tanto por excesiva y afectada. Recuérdese que medio siglo antes, el francés Biscay se había asombrado de las fortunas que encontró en la incipiente ciudad, al extremo que los que giraban la friolera de 20.000 coronas eran considerados casi como mercachifles...

Más o menos en la misma época publicó curiosos datos otro viajero francés, Durret, al cual he hecho referencia en algún trabajo anterior: es una relación de un viaje de Marsella a Lima (1). Su descripción de Bonair, como llama a nuestra ciudad, es interesante: "Está situada—dice—en una llanura poco elevada. Las casas son de un solo piso, techadas de tejas que se hacen en el país; tienen casi todas un jardín, donde se cultivan todas las plantas que tenemos nosotros, muchas flores que no tenemos, cantidad de árboles frutales de la misma especie que en Europa y muchos otros del país. El obispo tiene allí su residencia; hay muchas iglesias, entre otras los conventos de la orden de S. Francisco, de S. Domingo, de los padres de la Merced, de los jesuitas. Las calles, que son 10, son rectas, muy largas y anchas en proporción, pero no están empedradas, como tampoco las casas. El gobernador vive en el fuerte, construido con gruesos adobes de tierra secados al sol, con excepción de la muralla, que es de piedra tallada. Los almacenes de comerciantes españoles e indígenas están bastante provistos de toda clase de mercaderías. Se comienza a vestir a la francesa, con excepción de las mujeres, que conservan entre ellas las modas españolas. Las puertas de las casas, los cofres, las canastas, los sacos y las bolsas, están hechas

(1) Voyage de Marseille a Lima et dans les autres lieux des Indes Occidentales, avec une exacte description de ce qu'il a de plus remarquable pour la geographic que por les moeurs, les costumes le commerce, le gouvernement et la religion des peuples, avec des notes et des figures en taille douce. (Paris 1720). Con. E. Q. La vida colonial argentina: médicos y hospitales B. A. 1917.

de cuero con su pelo natural, hasta las paredes de los jardines y una parte de las casas están cubiertas de la misma manera. Las lluvias son muy frecuentes en Bonair y en estos tiempos las calles se vuelven intransitables por no estar empedradas; además son muy incómodas, por una cantidad prodigiosa de zapos que entran por todos lados en las casas: se toma entonces una azada de fierro, con un largo mango, y se les enfile tanto como se puede y, enseguida, se les echa en el medio de la calle y se continúa sin cesar este trabajo, de manera que en poco tiempo se forman grandes montones. Por lo demás, se puede vivir bien; y después que he viajado por Europa, Asia, África y América, no he encontrado un lugar donde la vida sea más barata, con excepción sin embargo de los vinos buenos, que son muy escasos. Los bueyes más grandes valen 1 escudo y se les saca únicamente el cuero; se compra un carnero por 30 sueldos; un faisán, una martineta, por dos sueldos; los patos, gansos, gallinas, perdices y otras aves, son aún más baratas. Yo habitaba en casa de un burgues de Bonair, quien tenía siempre en su cocina un trozo de carne de más de 80 libras, que pagaba solo 10 sueldos, y otro en el patio, para alimentar a las aves y a su perro: yo no pagaba sino el pan y el vino, que es lo que resulta más caro, y así mismo no valía gran cosa, pues se vende una botella por 1 escudo. . . . Los caballos son también muy abundantes, y por 4 o 5 escudos se tiene uno de los más hermosos. El pescado se vende muy barato y se pesca en gran cantidad en el río, donde se encuentran las especies más sabrosas".

No puede ser más gráfica la descripción. Esta inmensa ciudad de hoy era una misérrima aldea entonces: sus calles eran lodazales enormes, en los cuales se enterraban a las veces cabalgaduras y rodados: la costumbre de ensartar zapos para arrojarlos al pantano, a fin de que allí se pudrieran, es característica. Los miasmas que todo ello, al fermentar el sol, debiera desprender no hacían inhabitable el lugar tan solo porque cada casa era realmente un solar—de 17 varas por 70—y en los patios y huer-

tas los habitantes escapaban a los olores de la calle. Lo que llama la atención es que, apesar de esos inconvenientes naturales, los porteños impresionaban ya por su corrección en el vestir y la cortesanía de sus maneras: era la época en que se usaba a diario la capa y cualquier galante caballero, al ver atravesar algún lodazal a una dama, extendía sobre el barro su capa cuan larga era para que aquella pasara sin ensuciarse de lodo....

Pocos años después otros viajeros—esta vez especialmente caracterizados y en misión oficial de la corona de España—(1) los famosos Jorge Juan y Antonio Ulloa, decían en 1748: “La planta de la ciudad es un espacioso llano algo elevado del plano, por donde corre el pequeño río que le hace vecindad, siendo bastante su extensión, pues se regula de hasta 3000 casas, donde habitan así los españoles como las demás gentes de castas, que residen allí; la población es prolongada y angosta, las calles, derechas y de proporcionado ancho, y la plaza principal muy espaciosa y vecina al pequeño río, ocupando la fachada, que corresponde a este, una fortaleza, donde hace su continua residencia el gobernador, y la guarnición con las demás fortalezas, hasta 1000 hombres de tropa reglada. Las casas, aunque en lo antiguo eran por la mayor parte de tapias, cubiertas de paja y bajas, modernamente se han mejorado, construyéndolas de cal y ladrillo, con un alto, y casi todas están cubiertas de teja. La iglesia catedral, que es muy buena, sirve de parroquia a la mayor parte del vecindario, pues aún cuando hay otra en los extremos de la ciudad, es particular para los indios o naturales. El cabildo se compone del obispo, dean y arcediano, una canongía de oposición, que es la magistral, y otra de presentación. Además de las dos iglesias referidas, hay varios conventos y una capilla real en la fortaleza. El gobierno económico, político y civil, y el cuerpo de la ciudad, es un todo conforme a lo que queda dicho de otras. El

(1) Relación histórica del viaje a la América Meridional, hecho de orden de S. M. (Madrid 1748).

temperamento no tiene diferencia al que es regular en España: las estaciones del año se distinguen en la misma conformidad; en el invierno son frecuentes y grandes los aguaceros, acompañándolos grandes tormentas de truenos y rayos, que ponen horror a los habitantes, y en el verano se mitiga la fuerte influencia de los rayos del sol con algunos vientos suaves, que se levantan desde las 8 a 9 de la mañana adelante. Circundan la ciudad unas campiñas muy dilatadas y amenas, donde se extiende la vista sin embarazo para lograr el recreo de la verde hierba, que la viste con igualdad; su fertilidad hace sean las carnes tan abundantes que su valor, por lo inferior, no puede compararse con el que tienen en la ciudad más abastecida y cómoda de Europa o de las Indias; siendo el cuero de la res lo que ordinariamente se compra: a esto se agrega su buen gusto, porque estando siempre gordas, nunca deja de ser delicado. Las campiñas que se extienden de Buenos Aires para el O y S hacia el N. estaban ahora 20 años tan pobladas de ganado vacuno y caballar silvestre, que su mayor costo consistía en el trabajo de irlo a recoger, y después se vendía un caballo por 1 peso de aquella moneda, y una vaca escogida en tropa de 200 a 300 por 4 reales. Aunque en los tiempos presentes no faltan, no es con aquella abundancia, y están algo más retiradas por las crecidas matanzas, que tanto los españoles como los portugueses han hecho, para aprovecharse del corambre, principal renglón de aquel comercio. A proporción de las carnes es abundante la caza y no menos el pescado, el cual se logra en aquel río de varias especies, particularizándose la de los pejerreyes, que los hay de media vara y en algo más de largo. En frutas es también muy abastecida: legumbres, de las europeas y criollas; y, por todo lo que se ha referido, es un país de los más regalados que se pueden imaginar para las comodidades de la vida, haciendo exceso sobre todo la sanidad del aire que en él se corre”.

Sin duda el carácter oficial de su misión impidió a estos célebres viajeros, en este libro, entrar en detalles más íntimos: se

contentan con apuntar los rasgos salientes sobre todo en lo relativo a riqueza y baratura de vida.

Hay otro testimonio casi coetáneo—de 1753—proveniente de fray Pedro José de Porras (1). “Tiene hoy la ciudad—dice—más de media legua de largo, y con poca diferencia otro tanto de ancho, sin admitir en esta cuenta las muchas quintas y granjas que la rodean, y cada día se va alargando más y más, y se cree que en breve tiempo será tan grande que pueda competir con Lima.... El agua del río es bellísima y no hay otra de provecho.... Tendrá la ciudad 20.000 almas de comunión. Tiene 2 conventos de S. Francisco, 2 colegios de la Compañía, convento de dominicos, de mercedarios, de batlemitas que son hospitalarios; y 2 monasterios de dominicas y capuchinas. Tiene iglesia catedral con su obispo. Hay un buen castillo, con competente tropa y con su gobernador y capitán general. Los estilos de esta ciudad, en su trato, conversación, traje, gobierno, son los mismos que en España, con poca o ninguna diferencia. Las cosechas de esta ciudad son trigo, maíz, todo género de hortalizas y mucha fruta. Vino ni aceite no hay, porque los naturales no hacen esfuerzo para tenerlo, y quien lo hace como al preste hay algunos en Buenos Aires, logra en sus quintas uno y otro efecto con abundancia. El río corre inmediato a la ciudad de N. a S., aunque luego declina el E hasta entrar en la mar: tiene 10 leguas de anchura por esta parte y abunda de varias especies de pescados... Vale un buey de trabajo 4 pesos: quien oiga y lea esto en España se admirará y con razón”.

Discreto por demás se ha mostrado este clérigo viajero: lo que nos dice del estilo de vida porteña despierta nuestra curiosidad, pero no basta a satisfacerla decirnos que era como el de España....

Casi al mismo tiempo apareció la obra, hoy clásica, del P.

(1) Diario y derrotero de los viajes que ha hecho el P. Fray Pedro José de Porras... (Conf. Revista de la Biblioteca Pública IV 166).

Charlevoix (1): en ella publica un curioso plano de la ciudad, en el cual aparece el fuerte, atrás de la gran plaza, que comprende casi dos cuadras por costado; en el lado izquierdo la manzana es irregular; en la esquina de la segunda cuadra, a la izquierda, la catedral, en la manzana fronteriza hay dibujada una plazoleta; frente al costado de la catedral, una media manzana, y no hay nada trazado; da frente a la gran plaza el Cabildo hacia el S. etc. Refiriéndose el P. Charlevoix a la ciudad dice: "Esta situada en la ribera occidental del río de la Plata cerca de 200 millas del cabo de Santa María, sobre un terreno poco elevado que avanza en el río al N. de los 34°, 4', 16" lat. S según el P. Feuillé y, según las últimas observaciones, por los 35° 30". La ciudad es bastante grande y separada por un río de la fortaleza, donde habita el gobernador, pero ha sido durante mucho tiempo formada por diferentes cuadrados, entre los cuales había llanos y pastoreo. Las casas, construidas en su mayor parte de tierra, no tienen sino un piso, de manera que no se apercibiría la ciudad sino estando muy cerca; estas casas eran cuadrados alargados, que no tenían sino una ventana, y muchas solo recibían la luz por la puerta, pero un hermano jesuita, que se había hecho venir hasta 40 o 50 años para edificar la iglesia del colegio, enseñó a hacer ladrillos y vidrios a los habitantes, como también la cal: después se han edificado las casas con piedras y ladrillos: hay ahora muchas de dos pisos. Otros dos hermanos jesuitas, de los cuales uno era un buen arquitecto y el otro un buen albañil, ambos italianos, después de haber concluido la iglesia del colegio, construyeron la de la Merced, la de los religiosos de San Francisco, el portal de la Catedral: y se pretende que estos edificios pueden figurar en las mejores ciudades de España. El magistrado los había contratado para edificar el cabildo, pero habían querido hacerlo demasiado magnífico y los fondos faltaron en 1730,

(1) Histoire du Paraguay por le R. P. Pierre. Francois Xavier de Charlevoix. (Paris 1756)

y fué necesario suspender la obra. Sin embargo la ciudad había ya cambiado mucho de aspecto, y no es sorprendente que los viajeros que la han visitado en los últimos años, den una idea mucho más ventajosa que lo que tuvieron los que le precedían. Se contaba desde entonces 16.000 almas, cerca de cuyos dos tercios eran negros, mestizos, mulatos; los primeros, cuyo número sobrepasa en mucho al de los otros, son los que hacen vivir los españoles, los cuales creen que les es inferior trabajar como obreros. Estos mismos, cuando están recientemente desembarcados de España, quieren vivir como caballeros: se visten con todo lo que traen y no se encuentra uno solo que quiera servir de doméstico. Es preciso tomar para el servicio indios libres, que van y vienen a la ciudad desde las habitaciones de la campaña; y esta aversión que se tiene por el trabajo viene de que los han abrumado cuando estaban sujetos al servicio personal, comprendidos en las encomiendas. Hay cerca de Buenos Aires algunas aldeas cuyos moradores están en encomienda: su parroquia está en una de las extremidades de la ciudad, y no se tiene para los españoles sino la catedral. Se han hecho progresos desde algunos años. Tiene por otra parte, por la situación y la bondad del aire que se respira, todo lo que puede constituir una ciudad floreciente: y lo será sin ninguna duda a medida que el Paraguay, de que es el único puerto, se poblara y los habitantes se dediquen al trabajo. . . . En invierno las lluvias son abundantes, acompañadas de truenos y relámpagos terribles, a los que uno no se acostumbra; el calor del aire en esto está templado por pequeñas brisas que se levantan regularmente entre 8 y 9 de la mañana. Una tercera parte de la ciudad tiene la vista de vastas campañas; siempre cubiertas de una bella verdura; el río hace los dos otros tercios de su circuito, y aparece al N. como un vasto mar cuyo límite es el horizonte. Los pescados son muy abundantes y se pesca sobre todo mucho lo que llaman los españoles pejerrey. . . La fertilidad del territorio de los alrededores de este puerto responden a la bondad del aire que se respira, y la naturaleza no ha economizado nada para

hacer de esto un sitio delicioso. Los bosques son escasos, porque aún no han previsto plantar árboles, que se producirían fácilmente, pero no es forzoso buscarlos lejos, pues las islas, que abundan en el río, son boscosas y facilitan leña. El solo frutal que se encuentra es el durazno, cuya fruta es excelente: este árbol es, por otra parte, tan común que se poda para utilizar las ramas. Las parras no se han generalizado”.

Esta descripción del P. Charlevoix en el fondo es la misma del P. Cattaneo, inserta en el conocido libro: *Il Cristianesimo felice* de Muratori, lo cual no le resta mérito siquiera para el objeto de esta rapidísima reseña, porque es un testimonio fidedigno de como habitaban nuestros mayores, y de su mentalidad de atavismo hidalgo en su repugnancia por el trabajo manual, que la nobleza europea consideró siempre vil: dejaban así las artes y oficios en manos de criollos y mestizos, y aun algunas de las mismas profesiones liberales, pues hacían gala de preferir solo el comercio, so color de que tal ocupación les permitía vivir como caballeros. El dato, por venir de un sacerdote, nos merece entera fe al revelarnos ese estado de alma colonial.

En cambio William Burck, en 1767 (1) dice: “Buenos Aires está sobre la ribera meridional del río: se le ha dado este nombre por la bondad del aire. Es la sola ciudad que comercia con el mediodía del Brasil, pero este comercio es poca cosa con relación a la riqueza y a la extensión del país con el cual limita. Las flotas no llegan regularmente como a los otros puertos de la América Española: 2 o 3 buques de registro hacen todo el comercio con Europa; ellos transportan el oro, la plata, el azúcar, y los cueros. No he oído decir que se explote ninguna mina considerable en esta provincia, pero se asegura que las hay muy ricas en los lugares situados al E. de los Andes. . . La plata es muy abundante en esta provincia, y aquellos que la traen de tiempo en

(1) *Histoire des colonies européennes dans l'Amérique*. Traduit de l'anglais de Mr. William Burck, par N. E. (Paris 1767).

tiempo como contrabando, encuentran que les conviene mucho más que cualquier otro comercio”.

Como buen comerciante, este inglés solo demuestra interés por el oro y la plata: nada nos dice sobre la vida y costumbres, y ni siquiera le llamó la atención la proverbial belleza de las porteñas que—como hemos visto—casi todos los viajeros alaban.

Al poco andar, en 1770, otro viajero, el P. Touron (1) da noticias más completas. “Buenos Aires—dice—que algunos llaman en francés Bonair, es una ciudad muy rica, de las más comerciales de la América meridional; situada a la embocadura de este gran río, del lado del mediodía, y una de las mejores colonias españolas. La ciudad de Buenos Aires tiene su principal comercio en negros, sebo, ganado, cueros, en oro y plata. El país proporciona a las otras comarcas muchas bestias de carga; pero el oro y la plata que saca de Chile y del Perú, se embarca en Buenos Aires para España, así como los cueros, que son un gran producto para esta plaza. El ganado es tan común en estas comarcas que no lo matan sino por el cuero: una hermosa llanura, o más bien un prado de cerca de 100 leguas de ancho, está lleno de ese ganado. La ciudad está en una llanura poco elevada: aunque las lluvias no escasean, el aire es excelente. Las calles, que son rectas, muy largas y nachas en proporción; las casas tienen un solo piso; casi todas tienen jardín, donde se ven todas las plantas y cantidad de árboles frutales de la misma especie que en Europa, con algunos especiales del país. Las tiendas de mercaderes españoles e indígenas, están provistas de toda clase de mercaderías”.

No ha querido este sacerdote viajero entrar a lo hondo de la descripción de las costumbres, quizá por discreción, pues evidentemente debió conocer a fondo lo que se hacía; decía y pensaba entonces: se contenta con rasgos sumarios y superficiales, los

(1) Histoire generale de l'Amérique, depuis sa decouverte, par le R. P. Touron (Paris 1770).

cuales confirman la faz características de la riqueza ganadera sorprendente, que era la fuente de la prosperidad de esta ciudad, y cuya explotación desarrolló el temperamento altivo y bravo de sus habitantes.

Un célebre viajero, Bougainville, dice—en su libro publicado en 1772 (1): “Esta ciudad, regularmente edificada, es mucho más grande de lo que parece deberá ser, en vista del número de habitantes, que no pasa de 20.000; blancos, negros y mestizos. La forma de las casas le da tanta extensión. Si se exceptúan los conventos, los edificios públicos y 5 o 6 casas particulares, todas las otras son muy bajas y no tienen sino un solo piso. Todas tienen grandes patios y jardines. El fuerte, residencia del gobernador, está situado en la ribera del río y forma uno de los frentes de la plaza principal; el opuesto está ocupado por el Cabildo; la catedral y el obispado se hallan sobre la misma plaza donde está el mercado de las provisiones diarias. No hay puerto en Buenos Aires, ni un muelle para facilitar la aproximación de los buques: estos no pueden aproximarse a la ciudad sino a 3 leguas, descargan sus cargamentos en goletas, que entran en un pequeño río, nombrado Riachuelo, de donde las mercaderías se llevan en carretas a la ciudad, que dista un cuanto de legua. Los buques que se deben carenar o tomar cargamentos en Buenos Aires van a la Ensenada de Barragan, especie de puerto a 9 o 10 leguas en el E. S. E. de la ciudad. Hay en Buenos Aires un gran número de comunidades religiosas de uno y otro sexo. Durante el año hay numerosas fiestas religiosas que se celebran con procesiones y fuegos artificiales. Las ceremonias del culto se asemejan a espectáculos. Los monjes nombran a las primeras damas de la ciudad mayordomas de sus fundadores y de la virgen: este cargo da el derecho y el cuidado de adornar la iglesia, de vestir la imagen y de llevar el hábito de la orden. Es para el extranjero un espec-

(1) Voyage autour du monde, por la fregate du roi La Boudeuse et la flute L'Etoile, en 1766-1769. (Paris 1772).

táculo bastante singular el ver, en las iglesias de San Franciscó y Santo Domingo, a damas de todas edades asistir a los oficios, con el hábito de estos santos insitutos. Los jesuítas ofrecen a la piedad de las mujeres un medio de santificación más austtro que el precedente: tienen, comunicando con su convento, una casa llamada Casa de ejercicios de las mujeres. Las mujeres y las jóvenes, sin el permiso de los maridos ni parientes, vienen allí a purificarse por un retiro de 12 días; son alojadas y alimentadas a costa de la Compañía; ningún hombre penetra en este santuario, si no está revestido del hábito de San Ignacio; los domésticos, ni del sexo femenino, no pueden acompañar a sus amas. Los ejercicios practicados en este lugar santo son la meditación, la oración, el catecismo, la confesión y la flagelación. Se nos ha hecho observar las paredes manchadas con sangre que arrojaban; nos han dicho de las disciplinas con que se azotaban en la penitencia por las manos de estas Magdalenas. Por otra parte, la caridad de los frailes no hace excepción de personas. Hay ceremonias religiosas para los esclavos, y los dominicos han establecido una hermandad de negros: tienen sus capillas, sus misas, sus fiestas y un entierro bastante decente; todo esto no les cuesta anualmente sino 4 reales por cada negro de la cofradía; los negros reconocen por patrono a San Benito de Palermo y a la Virgen, quizá por estas palabras de la escritura: *nigra sum sed formosa filia Jerusalem*. El día de la fiesta eligen dos reyes, de los cuales uno representa al rey de España y el otro al de Portugal, y cada rey elige una reina; dos grupos armados y bien vestidos forman en seguida una procesión, la cual marcha con la cruz, banderas e instrumentos musicales de canto y baile; se representan combates de un partido contra el otro, y se recitan las letanías. La fiesta dura desde la mañana hasta la noche, y el espectáculo es bastante agradable... Los alrededores de Buenos Aires están bien cultivados. Los habitantes de la ciudad tienen casi todos casas de campo, que llaman quintas, y sus contornos abastecen abundantemente de todos los productos necesarios para la vida, excepto el vino, que hacen venir de España o que traen de Mendoza, viñedos situados

a 200 leguas de Buenos Aires. Las cercanías cultivadas no se extienden muy lejos; a distancia de 3 leguas de la ciudad se hallan ya campañas inmensas, abandonadas a una multitud innumerable de ganado yeguarizo y vacuno, que son los únicos que la habitan. Apenas se encuentran algunas cabañas esparcidas cuando se recorre esta vasta llanura, construídas menos para hacer habitable el país, que únicamente para comprobar la propiedad del terreno, o más bien, de los ganados que lo cubren. Los viajeros que lo recorren no encuentran ningún asilo y se ven forzados a dormir en las mismas carretas que los conducen, y que son los únicos carruajes de que se sirven para los viajes largos o lejanos, por los caminos extensos; los que viajan a caballo, lo que se llama a la ligera, están frecuentemente expuestos a dormir en vivacs en medio del campo. Todo el país es una llanura, sin montañas ni otros bosques, sino de árboles frutales. Situado bajo un clima de la temperatura más templada, sería uno de los más abundantes del universo en toda clase de producciones, si estuviese cultivado. El poco trigo y maíz que se siembra, produce mucho más que en nuestras mejores tierras de Francia, pero a pesar de esta bendición de la naturaleza, casi todo está inculto, los contornos de las habitaciones como las tierras más lejanas, o si la casualidad hace que se encuentren algunos agricultores, éstos son los negros esclavos. Por lo demás, los ganados: caballos y vacuno, se encuentran en tan gran número en las campañas, que los que pican los bueyes uncidos a las carretas están a caballo, y que los habitantes o los viajeros, cuando tienen hambre, matan un buey, tomando lo que pueden comer y abandonando lo demás, que se convierte en la presa de los perros salvajes y de los tigres: estos son los únicos animales peligrosos en el país. Los perros han sido traídos de Europa: la facilidad de alimentarse en plena campaña les hizo abandonar las casas y se han multiplicado al infinito; vienen frecuentemente en tropillas para atacar un toro, hasta a un hombre a caballo, si están aguijoneados por el hambre. No hay gran cantidad de tigres, excepto en los lugares boscosos,

y sólo los hay en las riberas de los ríos. Se conoce la destreza de los habitantes de estas campañas para servirse de los lazos; y si es cierto que los españoles no tienen que enlazar a los tigres, no lo es menos que muchos perecen presa de estos animales.”

La relación de Bougainville es típica: no sólo comprueba la riqueza de la región y la increíble baratura de la vida, sino que entra en detalles curiosísimos sobre la vida colonial, como el relativo al retiro de nuestras abuelas en la casa de ejercicios y las sangrientas flagelaciones a que allí se entregaban. Así cada viajero, al referirse a lo que más ha herido su curiosidad, pone en evidencia una faceta distinta de la vida de entonces, y la reunión de esta serie de rasgos es lo que nos da el cuadro de conjunto: así, el detalle sobre las cofradías de negros y las ceremonias de sus tradicionales costumbres...

No menos interesante es el testimonio del inca Concoloncorvo, en su *Lazarillo de ciegos caminantes* (1) y que refiere sus impresiones de 1773. “Esta ciudad de Buenos Aires—dice—está situado al O. del gran río de la Plata, y me parece se puede contar por la cuarta del gran gobierno del Perú, dando el primer lugar a Lima, el segundo al Cuzco, el tercero a Santiago de Chile y a este el cuarto. Las dos primeras exceden en adornos de iglesia y edificios a las otras dos. La de mi asunto se adelantó muchísimo en extensión y edificios desde el año de 1749, que estuve en ella. Entonces no sabían el nombre de quintas ni conocían más fruta que el durazno. Hoy no hay hombre de medianas conveniencias que no tenga quinta, con variedad de frutas, verduras y flores, que promovieron algunos hortelanos europeos, con el principal fin de crear bosques de duraznos, que sirven para leña, de la que carecía en extremo la ciudad, sirviéndose por lo común de cardos, de que abunda la campaña, con notable fastidio de

(1) El *lazarillo de ciegos caminantes*, desde Buenos Aires hasta Lima, etc., de don Calixto Bustamante—Carlos Inca—alias Concoloncorvo (Gijón 1773).

los cocineros, que toleraban su mucho humo; pero ya al presente se conduce a la ciudad mucha leña en rajas, que traen las lanchas de la parte occidental del Paraná, y muchas carretas que entran de los montezuelos de las Conchas. Hay pocas casas altas, pero unas y otras bastante desahogadas y muchas bien edificadas, con buenos muebles, que hacen traer de la rica madera de Janeiro, por la colonia del Sacramento. Algunas tienen grandes y copiosas parras en sus patios y traspatios, que aseguran los habitantes, así europeos como criollos, que producen muchas y buenas uvas. Este adorno es únicamente propio de las casas de campaña y aun de éstas se desterró entre los colonos pulidos, por la multitud de animalitos perjudiciales que se crían en ella y se comunican a las casas. En las ciudades y poblaciones grandes, además de aquel perjuicio superior al fruto que dan, se puede fácilmente experimentar otro de peores consecuencias, porque las parras bien cultivadas crían un tronco grueso, tortuoso y con muchos nudos, que facilitan el acceso a los techos con buen descenso a los patios de la propia casa, de que se pueden aprovechar fácilmente los criados para sus insultos. Hombres y mujeres se visten como los españoles europeos. Las mujeres en esta ciudad, en mi concepto, son las más pulidas de todas las americanas españolas y comparables a las sevillanas, pues aunque no tienen tanto chiste, pronuncian el castellano con más pureza. He visto sarao en que asistieron 80, vestidas y peinadas a la moda, diestras en la danza francesa y española, y sin embargo de que su vestido no es comparable en lo costoso al de Lima y demás del Perú, es muy agradable por su compostura y aliño. Toda la gente común y la mayor parte de las señoras principales, no dan utilidad alguna a los sastres, porque ellas cortan, cosen y aderezan sus batas y andrielles con perfección, porque son ingeniosas y delicadas costureras, y sin perjuicio de otras muchas que oí ponderar en Buenos Aires de gran habilidad, observé por muchos días el gran arte, discreción y talento de la hermosa y fecunda española D.^a Gracia Ana, por haberla visto imitar las mejores costuras y bordados que se

le presentaban de España y Francia. Las de medianos posibles y aun las pobres, que no quiero llamarlas de segunda y tercera clase porque no se enojen, no solamente se hacen y pulen sus vestidos, sino los de sus maridos, hijos y hermanos, principalmente si son de Tornay, como ellas se explican, con otras granjerías de lavar y almidonar por medio de algunos de sus esclavos. Los hombres son circunspectos y de buenos ingenios. No hay estudios públicos, por lo que algunos envían sus hijos a Córdoba y otros a Santiago de Chile, no apeteciendo las conveniencias eclesiásticas de su país por ser de muy corta congrúa y sólo suficiente para pasar una vida frugal.”

Concoloncorvo da el censo de la población de esta ciudad en 1770: había 22.000 almas. Son curiosos sus juicios respecto de la ciudad misma: “Está delineada a la moderna y dividida en cuadras iguales—dice—, pero se hace intransitable a pie en tiempo de agua, porque las grandes carretas que conducen los bestimentos y otros materiales, hacen unas excavaciones en medio de ellas, en que se atascan hasta los caballos e impiden el tránsito de los de a pie, principalmente el de una cuadra a otra, obligando a retroceder a la gente, muchas veces a quedarse sin misa, cuando se ven precisados a abandonar la calle. Los vecinos que no habían fabricado en la primitiva y que tenían solares o los compraron posteriormente, fabricaron las casas con una elevación de más de una vara, y las fueron cercando con unos pretilles de vara y media, por donde pasa la gente con bastante comodidad y con grave perjuicio de las casas antiguas, porque inclinándose a ellas el trajín de carretas y caballos, les imposibilita muchas veces la salida y si las lluvias son copiosas se inundan sus casas y la mayor parte de las piezas se hacen inhabitables. La plaza es imperfecta y solo la acera del cabildo tiene portales: en ella está la cárcel y oficios de escribanos y el aguacil mayor vive en los altos. Este cabildo tiene el privilegio de que, cuando va al fuerte a sacar al gobernador para las fiestas de tabla, se le hacen los honores de teniente general dentro del fuerte, adonde está la guar-

dia del gobernador. Todo el fuerte está rodeado de un foso bien profundo y se entra a él por puentes levadizos: la casa es fuerte y grande y en su patio principal están las cajas reales. Por la parte del río tienen sus paredes una elevación grande, para igualar el piso con el barranco que defiende al río. La catedral es actualmente una capilla bien estrecha: se está haciendo un templo muy grande y fuerte, y aunque se consiga su conclusión no creo verán los nacidos el adorno correspondiente, porque el obispado es pobre y las canongías no pasan de 1000 pesos, como el mayor de los curatos. Las demás iglesias y monasterios tienen una decencia muy común y ordinaria. Hay muy buenos caudales de comerciantes, y aún en las calles más remotas se ven tiendas de ropas, que creo habrá cuatro veces más que en Lima, pues todas ellas no importan tanto como cuatro de las mayores de esta ciudad, por que los comerciantes gruesos tienen sus almacenes y proveen a todo el Tucumán y algo más. No he conocido hacendado grueso, sino a don Francisco de Alzaibar, que tiene infinito ganado de la otra banda del río, repartido en varias estancias; con todo, mucho tiempo ha que en su casa no se ven 4000 pesos juntos. No he sabido que haya mayorazgo alguno, ni que los vecinos piensen más que en sus comercios, contentándose con una buena casa y una quinta que solo sirve de recreación. La carne está en tanta abundancia que se lleva en cuartos a carretadas a la plaza, y si por accidente se resbala, como he visto yo, un cuarto entero, no se baja el carretero a recogerlo aunque se le advierta, y aunque por casualidad pase un mendigo no le lleva a su casa, porque no le cuesta el trabajo de cargarlo. A la oración se da muchas veces carne de balde, como en los mataderos, porque todos los días se matan muchas reses, más de las que necesita el pueblo, solo por interés del cuero. Todos los perros, que son muchísimos, sin distinción de amos, están tan gordos que apenas se pueden mover; y los ratones salen de noche por las calles a tomar el fresco en competentes destacamentos, porque en la casa más pobre les sobra la carne, y también se mantienen de huevos y pollos, que en-

tran con mucha abundancia de los vecinos pagos. Las gallinas y caponés se venden en junto a 2 reales, los pavos muy grandes a 4; las perdices a 6 y 8 por 1 real, y el mejor cordero se da por 2 reales”.

“Las aguas del río—continúa—son turbias, pero reposadas en unos tinajones grandes de barro, que usan comunmente, se clarifican y son excelentes aunque se guarden muchos días. La gente común y la que no tiene las precauciones necesarias, bebe agua impura y de aquella que a la bajada del río queda entre las peñas, a donde se lava la ropa de la ciudad, y allí la cogen los negros por evitar la molestia de internar a la corriente del río. Desde que ví repetidas veces esta maniobra, tan crasa por la disidia de casi todos los aguadores, me causó tal fastidio que solo bebí desde entonces de la del algibe que tiene en su casa don Domingo de Basabilbaso, con tales precauciones y aseo, que puede competir con los mejores de Europa. Dicen que tiene otro igual la casa que fabricó para su vivienda el difunto don Manuel del Arco, y acaso otros muchos vecinos solicitaran este aseo a costa de algún gasto considerable, y cuidado de recoger las aguas en tiempo oportuno, con las demás precauciones que usa la casa de Basabilbaso. Esta ciudad y su ejido carece de fuentes y manantiales superficiales, y así no tiene más riego que el de las Muvias. Sin embargo, algunos vecinos curiosos han hecho pozos en sus quintas para regar algunas flores y hortalizas: algunos han conseguido agua dulce, pero los más las encontraron venenosas, salitreras y perjudiciales para árboles y plantas. No creo que pasen de 10 coches los que hay en la ciudad”.

Por último—y ya que este viajero conocía toda la América española—no resisto a la tentación de reproducir este juicio comparativo sobre el bello sexo colonial: “Las señoras limeñas—dice—y demás que residen desde Piura a Potosí, y lo mismo digo de la gente plebeya, a excepción de las indias y negras bozales, siguen opuesto orden a las europeas, mexicanas y porteñas; quiero decir,

que así como estas fundan su lucimiento mayor desde el cuello hasta el pecho y adorno de sus brazos y pulseras, las limeñas ocultan este esplendor con un velo nada transparente en tiempo de calores, y en el de frío se tapan hasta la cintura con doble embozo, que en realidad es muy extravagante: toda su bizarría la fundan en los bajos, desde la liga a la planta del pie; las señoras más honestas y formales descubren la mitad de la caña de su pierna; las bizarras o chamberies toman una andada de rizos hasta descubrir el principio de la pantorrilla; y las que el público tiene por escandalosas, y que en realidad lo son, porque este concepto es suficiente, elevan sus faldellines a media porta, como cortinas imperiales”.

El inca Concoloncorvo, como se ve, llama a las cosas por sus nombres. . . . Pero son gráficos los detalles que da, como el relativo al agua que se bebía y a la carne que se comía. Por lo demás, aquellos buenos burgueses, por ricos que fueran, no parecían tener nunca numerario superfluo. Para visitar de casa a casa arriesgaban, como se ha visto, romperse una pierna o fracturarse las costillas a poco que obscureciera o que lloviera: verdad es que la vida era más casera que afecta a hacerse en calles y paseos. Las mujeres resultan un prodigio de hacendosas: su elegancia era toda de producción doméstica, y no se conocían aún los modistos a la moda. Todos esos detalles están pintado al vivo una sociabilidad.

Otro viajero, don Juan Francisco Aguirre, ha dejado a su vez un testimonio interesante sobre lo que era esta ciudad en 1783 (1). “Las calles tiradas a cordel—dice—dividen la ciudad en cuádras iguales y su raíz, que es parte de calle llamada cuadra, se compone en esta ciudad de 140 varas castellanas, del ancho de 10 varas, incluso las aceras de 1 1/2 por cada lado. Como a media ciudad, en la dirección de N. S. y sobre el río se forma la plaza, a la que dieron en este rumbo una cuadra y casi

(1) Diario de Aguirre 1783 (Conf. La Biblioteca IV).

una y media en la de E. O. Ahora que se van levantando casas y tomando tanto incremento la ciudad, se han dejado otras plazas hacia Monserrate, Concepción, S. Nicolás y Residencia. En la parte septentrional y mucho más en la meridional, hay zanjones por donde corren las aguas lloviznas y cortan la hilación de las cuadras; por la parte occidental está lo más pobre de Buenos Aires, se ven huecos y por remate las quintas que circundan la ciudad. No puede negarse que es hermosa, aunque lo sería más si hubiese algunas diferencias, pues es cansada la uniformidad y aquí a más cortarían buena parte del desabrigo que se hace bien sensible en los vientos fríos de la pampa y recios de todas partes. El terreno o plano por la parte principal o mayor de Buenos Aires, es sensiblemente horizontal, por lo que no es pequeño embarazo dar curso a las aguas. La naturaleza del terreno es tierra que tira a greda, y aquella y esta son causa de que se padezca mucho para la comunicación, pues se ponen fatales las calles con las lluvias. Contribuye para empeorarlas el tráfico de carretas, carretillas y caballos. En los cruceros se hacen fangales casi intransitables, y en algunos solo se puede pasar sobre estacas o pilares. Las calles principales tienen vereda o bien empedrada o enladrillada; pero, hablando en general, son malas en tiempo de lluvia o de seca, pues cuando cesan aquellas por esta se levantan polvaréas tan sutiles que incomodan. . . . Actualmente se trata de la composición y policía de este punto tan esencial, pero se encuentran costosas dificultades, pues en primer lugar es menester dar alguna pendiente para el curso de las lluvias, y en segundo asegurarlas con empedrado, que sin él jamás hay calle buena en parte alguna. . . . No obstante yo he meditado que es posible darle desagüe y asear la ciudad, por medio de conductos subterráneos, a semejanza de lo que actualmente se practica en España, pues estando casi a nivel el terreno y este alto respecto al del río, da el suficiente para la pendiente y alcantarillas. La obra es más costosa sin comparación, pero también es mucho más la utilidad, pues pueden quedar por el exterior con poco declive las cuadras, cuan-

do por el desagüe superior han de quedar algunas calles muy inferiores a las puertas y, tal vez, cimientos de las casas. Todo Buenos Aires está edificado de ladrillo, adobe y tierra pisada. La cal que se emplea tiene mala opinión; se saca de estas cercanías, donde hay caleras que son bancos de conchas. Ningún edificio hay que merezca el nombre de magnífico; cierto que si el viajero de España viera la ciudad no encontraría en que poner la consideración acerca de las nobles artes: pero también me inclino que le gustaría y se diera por satisfecho de examinar la medianía general que se observa. No se ve lo magnífico, pero tampoco lo miserable; se entiende en el casco de la ciudad, pues a nada de tierra es la mayor parte de ranchos. Las casas de Buenos Aires comprenden en lo general una superficie cuadrilátera; las principales dan por zaguán entrada a un patio, al que caen las viviendas, que es circunstancia apreciable y muy ventajosa; miran las ventanas y puertas al N. Son buenas casas y capaces; la mayor no ocupará media cuadra. Las de segundo orden siguen el mismo estilo y también el de comunicar a las calles sin zaguán, sino inmediatamente por las salas y cuartos: en el día estas casas de cuartos son las más útiles a sus dueños, porque va cargando la población con asombro.... Los templos de Buenos Aires, son: la Catedral, 6 parroquias, las de S. Francisco, S. Domingo, Merced, Betlemitas, y 2 de monjas, unas de Santa Catalina y otras Capuchinas. La catedral está a la parte septentrional oriental de la plaza, tendida N. S. se está trabajando en el sitio de la antigua, que era de fábrica humilde y se arruinó a mediados de este siglo. La actual es de 3 naves, fuera de las capillas; se lleva gastado como medio millón de pesos y costará otro medio para dejarla concluida, pues se espera sea en breve. Aunque tiene el defecto de ahogada, el de poca elevación por su terreno y el de su sitio, que no deja lugar para levantar pórtico ni portada tal cual: al todo de la iglesia quedará la mejor de esta capital y tal vez del virreinato. Actualmente está sirviendo de catedral la iglesia de los jesuitas, muy proporcionada en sus partes: tiene 3 naves.

sobre pilares, y sobre las colaterales hay tribunas; a la subida de las gradas de la capilla mayor y debajo del arco colateral está el dosel y sitial del virrey, al lado del evangelio. En lo interior hay claustro alto y bajo, y bastante despoblado, que ocupan cerca de la cuadra. Todo este edificio lo ha cedido el rey para universidad, para cuyas rentas se están labrando casas en su parte occidental. Ahora acabamos de ver la apertura del real colegio con la advocación de S. Carlos: el número de sus alumnos de opa y beca será de 100 y por cada uno se debe pagar 100 pesos. La ciudad de Buenos Aires, cuya población calculo de 30 a 40.000 habitantes, se ocupa del comercio; la mayor parte de vecinos estancieros residen en sus posesiones; las quintas son propias del vecindario; trabajan por la mayor parte europeos y pocos patricios; las gentes de servicio son de las clases morenas, casi todos esclavos. No hay casa de mayorazgo: solo hay vecinos cruzados. Rodarán de fijo como 20 coches. Se viste a la moda de España y generalmente al estilo de Andalucía, a cuyos tipos se parecen en muchas cosas los de este puerto. Buenos Aires es una ciudad en que se verifica al pie de la letra el refrán que dice: el padre mercader, el hijo caballero y el nieto pordiosero. No obstante ni la opulencia es excesiva, ni tampoco la pobreza es tan andrajosa y miserable. La gala general de las damas consiste en topacios y, por que los diamantes son contados, decía un sujeto con chiste que el principal adorno de ellos era el de caramelos. Los hombres es una de las especies que España da a la América, a la que trasmigran por el comercio y por mejorar de fortuna: entre ellos vienen algunos conocidos y muchísimos que no lo son, y según las utilidades con que se levantan en sus giros, se levantan también las casas de este país, donde se regulan las primeras las más ricas. La riqueza en todo el mundo es principio de la nobleza y si estos principios son más sensibles aquí que en otras partes es porque todo país de poca población está proporcionado para tales establecimientos. Las gentes de Buenos Aires se ven llenas de urbanidad y atención, manejándose con la misma civilidad que

en las mejores ciudades de España. Ahora 15 años la transmigración de España a Buenos Aires era pequeña; eran contados los europeos, pero ahora, con la libertad de comercio y frecuente navegación de sus navíos, los de guerra y correos, es numerosa a más de los desertores. El oro y plata de las Indias atrae y deja, a pesar del gobierno, estas gentes con la esperanza de sus adelantos; y aunque es cierto que las grandes fortunas han sido pocas en comparación de los que no medraron, también lo es que todos lo han pasado y pasan mejor que en su país. Que estas transmigraciones sean útiles a la elevación de este país en cuanto a sociedad, nadie lo niega, y que por ellas, por el libre comercio que ha encarecido los frutos de él y por la declaración de Buenos Aires capital del virreynato, ha tomado tanto que apenas era sombra ahora 20 años, tampoco nadie lo puede dudar. Pero si alguno quiere convencerse por sí mismo de esta verdad, eche la vista al casco de la ciudad y notará que son nuevas, recientes, las primeras casas. A más que no hay anciano que no confiese la pobreza con que se vestía y trataba en aquel tiempo. Pero, que digo anciano: no hay uno que no se asombre de la transformación de Buenos Aires”.

“Cuando yo me acordaba — continúa — que Mr. de Bogganville decía que en Buenos Aires se monta a caballo para ir de una esquina a otra, confieso que minoraba la opinión buena de aquel general, viendo que la misma ciudad está en términos bien diferentes . . . En el vestir y tratar puede Buenos Aires pasar por una ciudad de la península y aunque con mucho no tan opulenta ni tan famosa como otras de América, no será extraño que una mediana razón la de en esta parte preferencia. La riqueza y opulencia hereditaria mantiene tenazmente algunos accidentes ridículos que igualmente vienen de los padres. Y los buenos modales son por lo común más frecuentes en las gentes de mediano pesar. Aún en el modo interior de adornar las casas, comer y demás usos domésticos, se parece al de Andalucía, bien que sujeto por los acci-

dentos locales a la variedad, siempre hay en todas partes algo de provincial. Las costumbres en Buenos Aires, tomadas bajo el sentido general, son buenas, racionales y es pueblo edificante. Considero estos años los que harán crisis para pasar momentáneamente a las estragadas, porque hasta ahora es menester convenir que no ha tenido en su recinto ni tanta riqueza ni tanta gente que quiere portarse con ostentación y lujo. A más que ninguno ignora que el aire de corte es aire aficionadísimo de perversas cualidades. Actualmente se ha determinado haya casa de comedias; empiezan a representar en un teatro hecho de paso, todos hombres, pero en breve se espera haya mujeres y quedará entablada esta diversión para siempre. Hombres y mujeres son de mérito personal, de buen cuerpo y manejo. Ultimamente hay ya cafés, confiterías y posadas públicas. Yo me abstendré de comparaciones para juzgar el mérito de esta población, pues es suficiente lo que he dicho para que se haga el concepto justo: todo lo bueno no está en un solo paraje y así en todas partes hay una cosa u otra sobresaliente a las demás. Es ya ciudad que tiene visos de las de primer orden”.

Este marino juzga con distinto criterio que otros viajeros, quienes posiblemente no residieron aquí tanto tiempo como él y no tuvieron las mismas oportunidades para conocer la sociedad de la época. Se ve que la aldea comenzaba a convertirse en ciudad y es interesante la profesía de Aguirre, de que “tiene visos de las de primer orden”. La sociedad porteña se le presenta como andaluza de pura cepa: las damas donosas y los caballeros cortesanos. Los advenedizos le chocan; pero advierte como pronto se adaptan al medio. El servicio doméstico, a cargo de esclavos, se le antoja pernicioso para amos y criados. Pero se ve que el modo de vivir era el del comercio, y que las otras industrias—tanto ganaderas como agrícolas—estaban en manos de la naturaleza, aprovechándose tan solo los habitantes de la riqueza que la multiplicación de los ganados les representaba.

Por último — y para terminar con los viajeros del siglo

XVIII—recordaré lo que decía en 1783 un francés Mr. de Poincelin (1). “Buenos Aires—dice—es la capital de este establecimiento: la situación es sana y agradable, allí se respira un aire templado, está regularmente edificada; sus calles son anchas y formadas por casas extremadamente bajas, pero todas embellecidas con jardines más o menos extensos. Los edificios públicos y particulares, que eran todos de tierra hace 50 años, han adquirido solidez y aún comodidades, desde que han hecho conocer el ladrillo y hacer cal. El número de habitantes sube a 30.000. Una fortaleza defendida por una guarnición de 6 a 700 hombres, protege un lado de la ciudad y las aguas del río bañan el resto de su recinto. 2943 milicianos españoles, indios, negros y mulatos libres, están siempre en estado de aumentar las tropas regulares. El sitio está a 60 leguas del mar. Los buques llegan por un río que le falta profundidad, que está sembrado de islas, de escollos, de rocas, y donde las tempestades son muy comunes, mucho más terribles que las del océano; están obligados a anclar todas las noches en el lugar donde se encuentran, y en los días de más calma los pilotos los guían sondeando el fondo a mano para indicar el camino que deben seguir. Después de vencer esos obstáculos, es necesario anclar a 3 millas de la ciudad, que allí desembarquen las mercaderías en embarcaciones ligeras, que ellos queden vacíos y esperen el cargamento en la Ensenada de Barragan, mala aldea situada a 7 leguas más abajo”....

Pongo aquí punto final a esta recopilación de apuntes: tengo aún un gruesísimo—y si, sobretodo, agregara los comentarios que tengo hechos sobre el texto — paquete de fichas que utilizar, pero si lo hiciera este artículo se convertiría en una copiosísima monografía, y debo dejar para mejor oportunidad el redactarla. Si publico ahora estas páginas es exclusivamente para despertar la curiosidad de los lectores y hacerles recorrer esos

(1) *Almanach américain ou état physique, politique, ecclésiastique et militaire de l'Amérique.* (Paris 1783).

libros olvidados: es increíble lo interesante que resulta semejante indagación. Toda la historia colonial puede decirse, debe ser rehecha con esmero y con amor: elementos hay de sobra para ello; lo único que se requiere es reunirlos y poderlos utilizar. Tiempo hace que hago lo primero: millares de manuscritos inéditos figuran en mi archivo y mi biblioteca ha ido acopiando, poco a poco, casi todo lo que sobre el particular ha llegado a mi conocimiento; amor por tal investigación, lejos de faltarme, sóbrame en abundancia; pero lo único de que aún no he podido disponer—y los años van corriendo ya tan a prisa que casi desconfío de poder jamás lograrlo—es el ocio necesario para engolfarme en tal disquisición: mil otras ocupaciones, tareas engorrosas y quizás menos simpáticas, me lo han estado impidiendo y me lo impiden aún... Debo a la insistencia del director del Museo Histórico Nacional el haber robado un rato a otras obligaciones y vuelto a hojear libros que, de años atrás, tengo cuidadosamente señalados: solo utilizo—en estas páginas—una parte de las fichas reunidas para formar los apuntes que debían servirme para la prometida conferencia, y he debido limitarme a dejar hablar a un puñado de viajeros y casi suprimir todo comentario propio, a fin de que este artículo no resulte demasiado fastidioso. Pido, pues, disculpa al lector por ello: puede que alguna vez logre ocuparme más a gusto de la época colonial y quizá se encontrará entonces que realmente merece la pena de estudiarla a fondo.

ERNESTO QUESADA
